

**ESPACIO TEMA LIBRE**

# La cuestión de la mujer como expresión de la cuestión social

**Pablo Bentura<sup>1</sup>**<https://orcid.org/0000-0003-2341-4751><sup>1</sup>Universidad de la República, Departamento de Trabajo Social, Facultad de Ciencias Sociales, Montevideo, Uruguay**La cuestión de la mujer como expresión de la cuestión social**

**Resumen:** Se presentan resultados de la investigación “La cuestión social en la literatura: estudio comparativo de sus expresiones en el realismo romántico francés y el realismo mágico latinoamericano”. Se encuentran regularidades en la literatura de dos momentos y dos lugares del capitalismo, signados por la crisis. La Francia que comienza a desplegarse a partir de los años treinta del siglo XIX y Latinoamérica que comienza a desplegarse a partir de los años sesenta del siglo XX. Este artículo tiene como objetivo presentar la cuestión de la mujer como expresión de la cuestión social según es expresada en la literatura mencionada. En ambos momentos se encuentran formas de cosificación de la mujer: como esclava del hogar (ilotismo), como objeto sexual y como proletaria en las peores formas de explotación.

**Palabras clave:** Cosificación, cuestión social, mercantilización.

**A questão da mulher como expressão da questão social**

**Resumo:** Apresentam-se os resultados da pesquisa “A questão social na literatura: estudo comparativo de suas expressões no realismo romântico francês e no realismo mágico latino-americano”. Encontram-se regularidades na literatura de dois momentos e dois lugares do capitalismo, marcados pela crise. A França que começa a se desenvolver a partir dos anos 30 do século XIX e a América Latina que começa a se desenvolver a partir dos anos 60 do século XX. Este artigo tem como objetivo apresentar a questão da mulher como expressão da questão social, conforme ela se expressa na literatura mencionada. Em ambos os momentos e lugares, encontram-se formas de cosificação da mulher: como escrava doméstica (ilotismo), como objeto sexual e como proletária nas piores formas de exploração.

**Palavras-chave:** Coisificação, questão social, mercantilização.

**Women's cues as an expression of social cues**

**Abstract:** The results of the investigation of “Social question in literature. Comparative study of its expressions in French romantic realism and Latin American magical realism” is presented. Regularities are found in the literature of two moments and places of capitalism, marked by the crisis. La Francia that began to unfold from the 30th year of the XIX century and Latin-American that began to unfold from the 60th year of the XX century. This article aims to present women's cues as an expression of social cues as expressed in the literature. In both moments, forms of cosification of women are found as a slave of the home (ilotism), as a sexual object and as a proletariat in the worst forms of exploitation.

**Keywords:** cosification, social question, mercantilization.

Recebido em 07.04.2025. Aprovado em 29.09.2025. Revisado em 27.10.2025.



Este es un artículo publicado en acceso abierto (Open Access) bajo la licencia Creative Commons Attribution (<https://creativecommons.org/licenses/by/4.0/>), que permite su uso, distribución y reproducción en cualquier medio, sin restricciones siempre que el trabajo original sea debidamente citado.

## Presentación

*“El origen de la sujeción de la mujer es la esclavitud primitiva y las costumbres bárbaras del género humano en su cuna.”*

John Stuart Mill (2010, p. 30).

Este artículo recoge resultados de la investigación *La cuestión social en la literatura: estudio comparativo de sus expresiones en el realismo romántico francés y el realismo mágico latinoamericano*, realizada en el posdoctorado en la Pontificia Universidade Católica de São Paulo (PUC/SP) bajo la dirección de María Carmelita Yazbek. Ambos contextos, la Francia de 1830 y la Latinoamérica de los años sesenta del siglo XX, generan corrientes literarias que expresan las respectivas crisis en la sociabilidad: el realismo romántico francés y el realismo mágico latinoamericano; la literatura francesa se despliega junto con la emergencia de la expresión ‘cuestión social’ y la latinoamericana con la recuperación de esta expresión por las ciencias sociales.

La *cuestión social* es el avance de las relaciones capitalistas de producción sobre todas las esferas de la vida: sobre la comunidad, la familia, el trabajo artesanal, la intimidad. En ambas expresiones literarias se encuentran trazos de anticapitalismo romántico y crítica resignada, pero, en síntesis, puede establecerse que la expresión fenoménica de la cuestión social que puede recogerse en esta literatura puede resumirse en que el capitalismo, ha hecho de la dignidad personal un simple valor de cambio. Ha sustituido las numerosas libertades escrituradas y bien adquiridas por la única y desalmada libertad de comercio. En una palabra, en lugar de la explotación velada por ilusiones religiosas y políticas, ha establecido una explotación abierta, descarnada, directa y brutal (Marx y Engels, 1986, p. 113).

La sociedad que surge tras la destrucción de la sociedad feudal puede caracterizarse como una sociedad fragmentada, escindida en dos mundos especulares: uno domina al otro, lo asedia de forma constante; el dominado, a su vez, resiste, pero su fortaleza ha perdido solidez y se vuelve permeable a la penetración del contrario. En ese primer mundo prevalece el interés colectivo y fraternal, expresión de un pasado que persiste — incesante pero impotente — frente al avance del otro: el mundo del interés individual y egoísta, manifestación del nuevo orden.

El mercado es, en las primeras décadas del siglo XIX, la guerra de todos contra todos. La revolución de julio de 1830 aún no ha configurado claramente al proletariado como clase en sí, la solidaridad obrera es apenas la expresión ocasional de momentos en los que la identificación con el otro impulsa a tender la mano. Y sabemos, o al menos sospechamos, que “la sonrisa, cuando era de un desconocido, siempre oculta una proposición” (Carpentier, 1993, p. 32).

La sociedad feudal construyó fortalezas para protegerse del asedio de los bárbaros, pero contra la barbarie de la sociedad burguesa no existe fortaleza capaz de ofrecer resistencia. Allí “todo lo sólido se desvanece en el aire” (Marx y Engels, 1986, p. 111), y si algunos espacios se mantienen resistentes es porque preservan algo aún útil: ofrecen un resguardo que la acción corrosiva de la rentabilidad no ha tenido interés de derruir totalmente.

La familia, glorificada por el pensamiento conservador, es uno de esos espacios, el fundamental. El burgués y el obrero encuentran allí reposo, son allí amos y señores y como tales ejercen su poder arbitrario y despótico, son libres allí en la medida en que son amos, que esclavizan, mientras pueden, a su mujer y sus hijos. Mientras pueden, porque la sociedad burguesa es irrefrenable cuando precisa penetrar con su lógica el “sagrado inviolable del hogar”. Pero mientras, podrán gozar y abusar de esa que es su propiedad privada. “La familia individual moderna se funda en la esclavitud doméstica franca o más o menos disimulada de la mujer, y la sociedad moderna es una masa cuyas moléculas son las familias individuales” (Engels, 2017, p. 32).

Como establece Anderson (1997, p. 14), “las formaciones sociales son [...] combinaciones concretas de diferentes modos de producción organizados bajo el predominio de uno de ellos”. El individuo moderno, el burgués, se erige en dueño y señor del mundo, bajo los límites muy precisos que le impone la ley inquebrantable de la acumulación del capital. En este predominio subsisten, en total y absoluta subordinación, formas de sociabilidad propias de órdenes anteriores; el absolutismo del imperio burgués debe disponer de resguardo a su propio poder destructivo, un mundo despiadado tiene que ofrecer algún resguardo.

Marx señalaba que la religión es el “corazón de un mundo sin corazón”, el filo de la razón instrumental debió detenerse a las puertas del templo, algunas formas comunitarias subsisten al avance del capital, “el jarro de agua helada del cálculo egoísta” (Marx y Engels, 1986, p. 113) precisa de una empuñadura para aferrarlo.

Es claro que esos resabios del pasado mantienen todo el despotismo de la formación social en las que aquellas jerarquías fueron la forma de sociabilidad privilegiada. Son el espacio de las jerarquías inmutables, absolutas y despóticas:

Las personas más cobardes, las que no son capaces de enfrentar nada, se vuelven implacables ni bien pueden ejercer su autoridad absoluta de jerarquía de edad. El mismo abuso de esta autoridad es una especie de sustituto brutal de toda la sumisión y subordinación a las que ellas mismas se rebajan, les guste o no, en la sociedad burguesa (Peuchet, citado en Marx, 2012, p. 76).

Los procesos crecientes de mercantilización de todas las esferas de la vida que realiza la sociedad burguesa tienen como resultado la miserable vida en sociedad, los procesos de desacralización, de desencantamiento y su reemplazo por el “desalmado pago al contado” (Marx y Engels, 1986, p. 113) se mantienen preservando esferas precapitalistas de convivencia. El soporte de esas esferas pueden encontrarse en Stendhal, en Balzac, en Víctor Hugo y en términos similares en Onetti, en García Márquez y en Vargas Llosa, en los restos de comunidad que aún subsisten en espacios a los que aún no ha llegado la piqueta del progreso, en los suburbios, en expresiones arquitectónicas no rentables que aún no fueron demolidas, en la valoración subjetiva de joyas que no pueden ser reducidas a su valor en dinero, pero sobre todo en el medio rural, en provincia, donde la comunidad sobrevive a duras penas y en el seno de la familia: donde las mujeres sostienen con afecto y abnegación esta institución que se mantiene como el centro de la reproducción en la sociedad burguesa.

En la literatura francesa del siglo que nos convoca, la cuestión de la mujer es expresión objetiva de la cuestión social, es decir, es el resultado inexorable de aspectos estructurales e irreductibles de la sociedad burguesa. En consecuencia, “fuera de una reforma total del orden social actual, todos los intentos de cambio serían inútiles” (Peuchet citado en Marx, 2012, p. 71).

En otros términos, es expresión de una contradicción inherente a la sociedad burguesa, cuya superación solo se resuelve con la superación del orden burgués. Notablemente, en la literatura burguesa del siglo XIX esa superación no se plantea como una transformación radical de dicho orden, ya que los trazos de la contradicción son establecidos con la sociedad del pasado, con la añoranza de la comunidad en la que las relaciones entre los individuos eran relaciones humanas.

Como se ha señalado, la lógica individualista del hombre burgués avanza sobre la comunidad, imprimiéndole el motor deletéreo de la mercantilización. La familia es preservada de esta dinámica como un espacio de protección; refugio para aquellos que precisan ser educados para la mayoría de edad que habilite para la guerra mercantil — los niños — y para quienes nunca llegarán a esa mayoría — las mujeres.

La minoridad no preserva en lo absoluto de la exposición a la lógica mercantil: llegado el caso, niños y mujeres pueden ser proletarizados; su fuerza de trabajo o su cuerpo mismo pueden convertirse mercancía. Niños y mujeres son las principales víctimas del mercado: cuando caen en él, lo hacen en los peores lugares, donde la explotación es brutalmente descarnada. Principales víctimas del avance de la sociedad burguesa, las formas de explotación que se erige sobre ellos destruyen su cuerpo y, muchas veces, su vida. Tanto cuando se explota su fuerza de trabajo como cuando se explota directamente su cuerpo, se produce la degradación inmediata de cualquier resto de humanidad que aún pueda sobrevivir en la sociedad burguesa.

En el hogar se concentran las actividades de reproducción social, material y simbólica, El niño burgués aprenderá a ser el hombre burgués, el niño obrero aprenderá allí a ser el hombre obrero, la niña aprenderá a ser mujer, esclava del hogar. Mujer obrera y mujer burguesa solo tienen esto en común: ser esclavas del hogar. La esclavitud es la forma más extrema de cosificación, son propiedad privada y — ¿es necesario decirlo? — no poseen propiedad privada.

Esta privación absoluta de la mujer es completamente solidaria con el desarrollo de la sociedad burguesa, al menos en dos aspectos. Por un lado, la desposesión de la mujer de su propio cuerpo, que la convierte en esclava del hogar, deja fuera de la mercantilización de todas las esferas de la vida social a las tareas de reproducción social. Por el otro, la desposesión del patrimonio de la mujer está estrechamente vinculada a la acumulación del capital y a la constitución del burgués como propietario y administrador de ese capital. Cuando

el capital avanza sobre la familia, destruye este espacio de reproducción y envía a sus integrantes al mercado, mercantilizando su fuerza de trabajo, proletarizando a la prole y a la mujer o directamente mercantilizando sus cuerpos en la prostitución.

Se desprenden tres formas de expresión de la cuestión de la mujer: la esclavitud de la mujer (el ilotismo del que habla Balzac), la privación del patrimonio de la mujer y, por último, la privación de su cuerpo como objeto disponible para la lujuria masculina en el seno del hogar o abiertamente en la prostitución.

### *El ilotismo de la mujer en la sociedad burguesa*

En todos los casos, la mujer y los niños son, inexorablemente, las principales víctimas de la sociedad burguesa, que es masculina. Los poseedores de propiedad privada, los burgueses, son hombres, y entre los bienes a los que pueden aspirar como parte de esa propiedad se encuentran las mujeres. Esta condición es magistralmente definida por Balzac en *Los pequeños burgueses* cuando refiere a Celeste: “Celeste adoptó una actitud pasiva y fue lo que Brígida quería que fuera: una ilota” (1946a, p. 556). Es notable el papel sugestivo que cumple Brígida: una heroína que se revela contra el rol que se le asigna y que, en su posicionamiento como autoridad objetiva detrás de su hermano Jerónimo Thuillier, tiene clara conciencia del ideal de esposa — una ilota —, estrictamente una esclava no transable. Como en la antigua Esparta, las mujeres son esclavas domésticas que no pueden ser objeto de intercambio.

El análisis del papel de los ilotas en la economía espartana (Cf. Anderson, 1997, p. 25) como esclavos inalienables que desempeñaban funciones tanto en la agricultura como en tareas domésticas, es utilizado en reiteradas ocasiones por Balzac:

Aunque ridícula en apariencia, aquella mujer, que con su dote y sus herencias, aportárale al tío Grandet más de trescientos mil francos, habíase sentido siempre tan humillada por una dependencia y un ilotismo, contra el que la dulzura de su alma le prohibía rebelarse, que jamás en la vida había reclamado un céntimo ni hecho observación alguna a los escritos que maese Cruchot le ponía a la firma (Balzac, 1968, p. 29).

En el realismo mágico encontramos ejemplos similares: las mujeres, como en la Grecia clásica, posibilitan el “ocio creativo” del varón, preservan el hogar mientras los hombres se lanzan a la aventura, real o imaginaria, en busca de nuevos mundos o nuevas invenciones. Tal es la relación de Úrsula, piedra fundamental del hogar más sólido de Macondo, y José Arcadio, soñador y aventurero:

José Arcadio no creyó que fuera tan rígida la voluntad de su mujer. Trató de seducirla con el hechizo de su fantasía, con la promesa de un mundo prodigioso donde bastaba con echar unos líquidos mágicos en la tierra para que las plantas dieran frutos a voluntad del hombre, y donde se vendían a precio de baratillo toda clase de aparatos para el dolor. Pero Úrsula fue insensible a su clarividencia.

— En vez de andar pensando en tus alocadas novelorías, debes ocuparte de tus hijos — replicó —. Míralos cómo están, abandonados a la buena de Dios, igual que los burros.

José Arcadio Buendía tomó al pie de la letra las palabras de su mujer. Miró a través de la ventana y vio a los dos niños descalzos en la huerta soleada, y tuvo la impresión de que solo en aquel instante habían empezado a existir, concebidos por el conjuro de Úrsula. Algo ocurrió entonces en su interior; algo misterioso y definitivo que lo desarraigó de su tiempo actual y lo llevó a la deriva por una región inexplorada de los recuerdos. Mientras, Úrsula seguía barriendo la casa que ahora estaba segura de no abandonar en el resto de su vida. (García Márquez, 2014, pp. 19–20).

*Cien años de soledad* es una permanente confrontación entre pasado y futuro, entre comunidad (magia) y sociedad (realismo), entre afuera (desconocido) y adentro (comunidad). Las mujeres, invariablemente, preservan el pasado, y los hombres se desvelan por el futuro; las mujeres permanecen ancladas en la comunidad, los hombres salen permanentemente a la aventura; los cuerpos de las mujeres son presa de la magia, los hombres

son prosaicos. Macondo avanza en una carrera hacia el futuro, lenta, muy lenta, cuando los rasgos de comunidad son arcaicos y en una velocidad creciente cuanto más de sociedad contiene hasta finalmente destruirse.

En la comedia humana hay un recurso equivalente. La degradación de la sociedad avanza desde

Las Escenas de la vida campestre [que] son a su modo la tarde de este interminable día, si se me permite llamar así al drama social [a] [...] las escenas de la vida parisiense [que] nos dan la pintura de los gustos, de los vicios y de los fingimientos que son característicos a las capitales, donde se encuentran a la vez el extremo bien y el extremo mal [pasando por] las escenas de la vida de provincia [que] estudian la edad en que bullen las pasiones, en que se apoderan del hombre los cálculos egoístas, los intereses y la ambición (Balzac, 1946, Prefacio a la Comedia Humana, p. 11).

Como en el desarrollo de la vida que pasa de la infancia a la adolescencia hasta llegar a la adultez, en el mismo sentido en que Onetti le da al desarrollo de un hombre:

Pero se puede decir en dos o tres palabras. Usted no se va a casar con ella porque usted es viejo y ella es joven. No sé si usted tiene treinta o cuarenta años, no importa. Pero usted es un hombre hecho, es decir deshecho, como todos los hombres a su edad cuando no son extraordinarios (Onetti, 1995, p. 128).

La metáfora antropomórfica de Balzac puede ser descifrada con la cita de Onetti: el desarrollo, el progreso, es siempre el avance hacia la degradación; de la comunidad a la sociedad, de la sociedad agraria a la sociedad industrial, de lo esencialmente humano a lo esencialmente mercantil. Esta mirada romántica es esencial tanto del realismo romántico como del realismo mágico: sensibilidades asqueadas por la degradación humana que trae el avance destructivo de la sociedad burguesa sobre la comunidad.

El amor es maravilloso y absurdo e, incomprensiblemente, visita a cualquier clase de almas. Pero la gente absurda y maravillosa no abunda; y las que lo son, es por poco tiempo, en la primera juventud. Después comienzan a aceptar y se pierden. He leído que la inteligencia de las mujeres termina de crecer a los veinte o veinticinco años. No sé nada de la inteligencia de las mujeres y tampoco me interesa. Pero el espíritu de las muchachas muere a esa edad, más o menos. Pero muere siempre; terminan siendo todas iguales, con un sentido práctico hediondo, con sus necesidades materiales y un deseo ciego y oscuro de parir un hijo. (Onetti, 2012, p. 21).

La relación entre comunidad y sociedad (burguesa) es aquella que se establece entre esferas donde la acumulación simple subsiste en resistencia agónica frente a la acumulación ampliada. Tarde o temprano, la sociedad burguesa avanzará sobre la comunidad y la destruirá o la subordinará. La forma más simple de la comunidad, la familia, se pondrá al servicio de la acumulación ampliada preservando y utilizando “la esclavitud latente en la familia”<sup>1</sup> (Marx y Engels, 1968, p. 21).

Como parte de la acumulación del capital, el burgués recibe de su dueño anterior, junto con la dote, a su esposa que se constituirá en parte de su propiedad privada:

La desgraciada esposa fue así condenada a la esclavitud más intolerable, controlada por el señor de M con la ayuda del Code Civil [código civil] y el derecho de propiedad. Base de las diferencias sociales que vuelven al amor independiente de los libres sentimientos de los amantes y permitía al marido celoso encerrar a su esposa con los mismos cerrojos con los que el avaro cierra los baúles de su cofre. La mujer es parte del inventario (Peuchet, citado en Marx, 2012, p. 83).

Expresado de forma explícita en la *Fisiología del matrimonio* por Balzac (1946b):

Fisiología, ¿qué quieres? ¿Es tu fin demostrarnos que el matrimonio une, por toda la vida, dos entes que no se conocen? [...] ¿Qué a pesar de todos sus inconvenientes, es el matrimonio la fuente primera de la propiedad? [...] ¿Que es la mujer tratada como esclava? (pp. 3–4).

Cuando la mujer no cumple su función, o cuando no puede ser mantenida, se la deja librada a su suerte. Las mujeres burguesas no deseadas son encerradas en hospicios para enfermas mentales (Marx, 2012), o bien condenadas a proletarizarse en el eslabón más vulnerable — al igual que los niños —, o a la prostitución. De este modo, dejan de ser esclavas para convertirse en dueñas de la única mercancía que poseen: su propio cuerpo.

La proletarización de los niños es expresada por Balzac: “París, donde los niños son rara vez hermosos, como productos que son de la miseria, del trabajo excesivo y de los ambientes sin aire, sin libertad de acción y sin ninguna de las comodidades de la vida” (1946a, p. 555).

La relación entre el hombre y la mujer está determinada por la sociedad en la que ambos se producen como tales, como hombre y como mujer. El avance de la sociedad sobre la naturaleza establece en qué grado lo humano se naturaliza y lo natural se humaniza.

La relación del hombre con la mujer es la relación más natural del hombre con el hombre. En ella se muestra en qué medida la conducta natural del hombre se ha hecho humana o en qué medida su naturaleza humana se ha hecho para él naturaleza (Marx, 1997, p. 146).

La naturaleza humana en la sociedad burguesa es, igual que el resto de la naturaleza, una entidad a ser mercantilizada, a constituirse en propiedad privada. De este modo, la mujer, al igual que el hombre — inseparable de su fuerza de trabajo —, es convertida en objeto de posesión. La mujer se convierte en objeto en tanto fuerza de trabajo cuando se la proletariza, cuando es esclavizada como sirvienta en el seno del hogar y como objeto sexual: “El celoso necesita una esclava, el celoso puede amar, pero el amor que siente no es más que la contraparte lujuriosa de sus celos; el celoso es, ante todo, un propietario privado” (Peuchet citado en Marx, 2012, p. 88).

Pero la acumulación del capital está por encima de cualquier sentimiento, incluso tolerar el adulterio. Al decir de Balzac (1946b): “La severidad de las leyes conyugales era en ellas, con bastante generalidad temperada por el adulterio” (p. I). Una sociedad completamente envilecida tolera el adulterio no por amplitud moral y espíritu liberal; lo hace cuando este se le impone por razón de conveniencia. El burgués entrega a su mujer solo para mantener su capital:

El paseo por el jardín le calmó un poco. “No — se dijo con energía — no me privaré de mi mujer: me es demasiado útil”. Se imaginó con horror lo que sería su casa sin su mujer; no tenía más pariente que la marquesa de R..., vieja, imbecil y mala.

La idea era sensata, pero su ejecución exigía una fuerza de carácter muy superior a la muy escasa que poseía el pobre hombre. “Si conservo a mi mujer —se dijo—, yo me conozco, cualquier día, en un momento de impaciencia contra ella, le reprocharé su falta. Ella es orgullosa, reñiremos y todo ocurrirá antes que haya heredado a su tía. ¡Cómo se van a burlar de mí entonces! Mi mujer quiere a sus hijos, y al fin todo irá a parar a ellos. Pero yo seré la comidilla de las conversaciones de Verrières. “¡Ni siquiera ha sabido vengarse de su mujer!”, dirán . ¿No será mejor quedarme con la sospecha y no investigar nada? Pero entonces me ató de manos, no podré reprocharle nada. (Stendhal, 1982, p. 108)

Monsieur Rênal tiene la convicción, acertada por cierto, de que su mujer tiene un amorío con Julio, el protagonista de *Rojo y negro*, pero a pesar de sus celos abrumadores está dispuesto a ahogarlos en un cálculo estratégico por cuidar la fortuna. Como establece Marx (1986) en el *18 Brumario*, la burguesía comprende rápidamente cuando “para salvar la bolsa hay que renunciar a la corona” (p. 447).

La obra de arte no es una obra teórica; expresa la realidad a través de su capacidad mimética, revelando elementos esenciales de esa realidad: elementos que comunican verdad y se sostienen en una mirada de la totalidad histórica (Auerbach, 2014).

Si bien refleja aspectos fundamentales de la economía política de su tiempo, la literatura no es economía política. No obstante, y pese a las referencias “cientificistas” de Balzac, su apego a la realidad le permite expresar destellos de economía política. La identificación de la esclavitud de la mujer con la condición de los ilotas espartanos es expresión de estos destellos.



El trabajo libre es esencial a la sociedad burguesa, aunque el capitalismo siempre aprovecha formas de producción heredadas de modos anteriores, de modo que la esclavitud y las servidumbres continúan activas. El “ilotismo” es mucho más apropiado para definir “la esclavitud latente en la familia” que, en general, refiere a formas de esclavitud no transable.

Esta condición de esclavos no transables no supone para nada una condición ventajosa para la sujeción de la mujer y los niños. De hecho, situaciones extremas de degradación y violencia podrían resultar amortiguadas si el amo tuviera posibilidades de venta sobre su posesión. La transacción del truhan Thenardier para entregar a Cosette a Valjant es un buen ejemplo:

¡Ah señor!, ¡mi buen señor! ¡Tomadla, lleváosla, conservadla en azúcar, en trufas; bebéosla, coméosla, y que seáis bendito de la Virgen Santísima y de todos los santos del paraíso! –Convenido entonces. — ¿De veras? ¿Os la lleváis? — Me la llevo. — ¿Ahora? — Ahora mismo. Llamadla.

— ¡Cosette! — gritó la Thenardier. — Entretanto — prosiguió el hombre —, voy a pagaros mi cuenta. ¿Cuánto es? Echó una ojeada a la cuenta, y no pudo reprimir un movimiento de sorpresa. — ¡Veintitrés francos! Miró a la tabernera y repitió: —¿Veintitrés francos? — ¡Claro que sí, señor! Veintitrés francos. El viajero puso sobre la mesa cinco monedas de cinco francos. En ese momento Thenardier irrumpió en medio de la sala, y dijo: — El señor no debe más que veintiséis sueldos. — ¡Veintiséis sueldos! — dijo la mujer. — Veinte sueldos por el cuarto — continuó fríamente Thenardier — y seis sueldos por la cena (Hugo, 1967, p. 372).

La mujer como esclava del hogar, único lugar donde puede expresar su valor en tanto mujer valiosa, mujer útil, digna para el matrimonio, tiene expresión en la literatura latinoamericana. Tomemos por ejemplo un pasaje de la Ciudad y los perros de Vargas Llosa (1963): “— ¿Quieres que te ayude? — No sabes — dijo la mujer, secamente; ahora removía la olla con una mano y con la otra se hurgaba la nariz —. No sabes hacer nada. Ni cocinar, ni coser, ni nada. Pobre de ti” (p. 34).

La tía de Teresa solo puede ver a la mujer como capaz en la medida que esas capacidades se circunscriben al seno del hogar y solo concibe la reproducción y sobrevivencia a través del casamiento:

— Vas a cumplir dieciocho años — dijo la mujer, reanudando el combate contra los rebeldes cabellos —. Pero no te das cuenta. Me quedaré ciega y nos moriremos de hambre, si no haces algo. No dejes escapar a ese muchacho. Tienes suerte que se haya fijado en ti. A tu edad, yo ya estaba encinta. ¡Para qué me dio hijos el Señor, si me los iba a quitar después! ¡Va! (Vargas Llosa, 1963, p. 34).

Páginas adelante nos enteramos de que Teresa no solo tiene empleo: se ha capacitado para el mundo del trabajo, es competente, pero ni ella ni su tía lo pueden ver: “Ella le contó luego que trabajaba en una oficina del centro y que antes había estudiado taquigrafía y mecanografía en una academia” (Vargas Llosa, 1963, p. 39).

Como es de esperar, la suerte de Teresa, a pesar de todo, no va a ser muy distinta de la pronosticada por su tía; no se casará con Alberto y acabará casada con un joven, *el Jaguar*, que, incluso en el sobrenombre que le dieron en el colegio militar, anunciaba darle la misma suerte de violencia y maltrato que cobró la vida de su madre.

La superación de la comunidad abre paso a la posibilidad de la humanidad como una instancia universal. La sociedad supone la posibilidad de un avance en relación con la comunidad, solo que lo que universaliza la sociedad burguesa es el individualismo más despiadado.

En palabras de Marx (2011):

Solamente en el siglo XIX, con la “sociedad burguesa”, las diversas formas de conexión social confrontan al individuo como simples medios para sus fines privados, como necesidad exterior. Sin embargo, la época que produce ese punto de vista, el punto de vista del hombre aislado es justamente la época de las relaciones sociales (universales desde ese punto de vista) más desarrolladas hasta el presente (p. 40).

En un texto de 1846 Marx (2012, p. 63) establece la supremacía de los escritores franceses en la medida que son capaces “de dar cuenta lo contradictorio y antinatural de la vida moderna, no solo en relaciones

entre clases particulares, sino en todos los circuitos y figuras del intercambio cotidiano de hoy”. Señala esta capacidad, del orden burgués de atropellar todas las esferas de la vida donde aún sobrevive algún resguardo al “frío interés, al cruel ‘pago al contado’” (Marx y Engels, 1986, p. 113).

La crítica francesa permite mostrarnos hasta qué punto la pretensión de los ciudadanos filántropos se basa en la idea de que solo basta con darles a los proletarios un poco de pan y un poco de educación. Como si los únicos en soportar las condiciones sociales actuales fueran los trabajadores, como si en lo que respecta al resto de la sociedad, el mundo existente fuera el mejor de los mundos posibles (Marx, 2012, pp. 63–64).

No es casual, entonces, que el despliegue más dramático y descarnado de la cuestión social se encuentre en *Los miserables* (Hugo, 1967), publicada en 1862. La sociedad burguesa, ya consolidada y madura, es el escenario de la miseria que ella misma es capaz de producir; miseria que Victor Hugo muestra en todas sus facetas y dimensiones. ¿Son miserables las víctimas de este mundo desalmado? o, más bien, lo son aquellos que, a costa de la miseria que promueven, logran el dudoso privilegio de adaptarse a un mundo desalmado? La odisea de Juan Valjean es la odisea del proletariado y su superioridad moral: el robo que lo condena es un robo altruista cometido por alguien que ya está condenado, un hombre que roba un pan para alimentar a su hermana y a sus siete sobrinos. Es la tragedia de la clase que produce todas las riquezas y, sin embargo, puede morir de hambre junto a su prole, por estar circunstancialmente sin condiciones de vender su fuerza de trabajo.

El componente masculino de la sociedad burguesa se presenta sin ambigüedades. La prisión de Valjean deja desamparados a su hermana y a sus sobrinos, perdidos en un mundo desalmado. Nada más que su probable muerte se sabe de ellos, no hay sobrevivencia posible sin la figura protectora masculina. Lo mismo ocurre con Cosette, que solo será salvada por la intervención de Valjean, quien encarna la superioridad moral del trabajador. Esa superioridad moral, sin embargo, solo se manifiesta como la promesa de un mesianismo apenas individual, porque si bien Valjean se encuentra con la rebelión en las propias barricadas, claramente descree de esta expresión política del trabajo que aparece como una expresión paralela que apenas se encuentra, sin interferir, en su camino redentor (Hugo, 1967).

## Conclusiones

Recuperar los elementos constitutivos de los fenómenos sociales en sus orígenes nos descubre su radicalidad. Los aspectos que permanecen en su manifestación contemporánea hablan de su carácter esencial, distinguen aquello que es sustantivo de lo meramente adjetivo.

La burguesía se constituye como la primera clase universal. A esta clase le imprime su dinámica la lógica despiadada del capital, que transforma en mercancía toda la naturaleza que encuentra a su paso, incluida la naturaleza humana. Cosificación es el *leitmotiv* del capital, su definición de naturaleza: todo aquello pasible de convertirse en mercancía.

La cosificación de la mujer preexiste al capital: su condición de esclava del hogar, de objeto sexual y de carente de posesiones materiales es constitutiva de la sociedad feudal. El capital apenas consagró esa condición bajo la forma de propiedad privada.

En la sociedad contemporánea es posible identificar, claramente, avances indudables en la emancipación de la mujer. De todos modos, en una sociedad regida por el capital, la cosificación es ley y cuando se pretende superarla, el capital muestra su peor cara y reedita la violencia que empleó para imponer su imperio. En el caso de las mujeres, asistimos cotidianamente a esa violencia ejercida sobre sus cuerpos, que adopta la misma forma de sus orígenes: violencia física, sexual, patrimonial y simbólica.

Las últimas décadas han representado una ofensiva despiadada del capital sobre el trabajo. Los años setenta marcaron el comienzo de esta coyuntura, en la que el capital rompió unilateralmente el pacto interclasista que, durante al menos tres décadas, había permitido mostrar la cara más humana del capitalismo.

Del horror de la segunda guerra mundial emergió un Estado que parecía comprender que la lógica del mercado debía ser intervenida por la lógica de una administración orientada a generar condiciones humanas de reproducción de la clase trabajadora. Fue un periodo donde la clase obrera, sin perder nunca su independencia de clase, encontró un Estado receptivo como nunca a sus demandas y reivindicaciones.



Es claro que esta receptividad se explica más por el terror a la revolución social en el contexto de la Guerra Fría que por cualquier sensibilidad social que pueda esconderse en el frío corazón del capital o del Estado. De hecho, con la crisis de los años setenta y la posterior implosión de la Unión Soviética se reconstituyó la histórica relación simbiótica entre el capital y el Estado. La ruptura unilateral del pacto interclasista tuvo su epicentro en Inglaterra y Estados Unidos, donde el capital encontró como aliados incondicionales los gobiernos de Ronald Reagan y Margaret Thatcher, quienes pusieron todo el aparato del Estado al servicio del gran capital.

El avance del capital con la complicidad del Estado sobre todas las conquistas civilizatorias de la clase trabajadora tuvo como soporte ideológico y práctica concreta la despolitización radical de la cuestión social y la naturalización y consecuente deshistorización del mercado. Con el neoliberalismo volvió el tiempo en que

había sonado la campana funeral de la ciencia económica burguesa. Ya no se trataba de si tal o cual teorema era o no verdadero, sino de si resultaba beneficioso o perjudicial, cómodo o molesto, de si infringía o no las ordenanzas de policía. Los investigadores desinteresados fueron sustituidos por espadachines a sueldo y los estudios científicos imparciales dejaron el puesto a la conciencia turbia y a las perversas intenciones de la apologética (Marx, 2002, p. 14).

Cuando la cuestión social es despolitizada y se despliega un discurso que pretende que el mercado —ese espacio donde el egoísmo y la racionalidad instrumental se despliegan sin límites— es la respuesta para enfrentar la cuestión social que él mismo produce; cuando se pretende curar la herida con la misma espada que la causó, se torna imprescindible recurrir a todos los instrumentos que nos ha legado la crítica. Y cuando la ciencia se torna una fría apologética, basada en estadísticas que legitiman un orden incapaz de expresar toda la miseria humana que produce el capital, librado de cualquier límite a su capacidad destructiva, entonces se hace imprescindible recurrir a aquellos productos en los que la humanidad logró expresar todo su potencial civilizatorio.

## Referencias

- ANDERSON, P. (1997). Transiciones de la antigüedad al feudalismo. Siglo XXI.
- AUERBACH, E. (2014). Mimesis: la representación de la realidad en la literatura occidental. Fondo de Cultura Económica.
- BALZAC, H. (1946). La comedia humana. Ediciones Calíope.
- BALZAC, H. (1946a). Los pequeños burgueses: *En* La comedia humana. Ediciones Calíope.
- BALZAC, H. (1946b). Fisiología de la familia: *En* La comedia humana. Ediciones Calíope.
- BALZAC, H. (1968). Eugenia Grandet. Centro Editor de América Latina.
- CARPENTIER, A. (1993). Los pasos perdidos. Alfaguara.
- GARCÍA MÁRQUEZ, G. (1972). La increíble y triste historia de la cándida Eréndira y su abuela desalmada. Sudamericana.
- GARCÍA MÁRQUEZ, G. (2014). Cien años de soledad. Debolsillo.
- ENGELS, F. (2017). El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado [Archivo Marx-Engels de la Sección en español del Marxists Internet Archive]. [https://www.marxists.org/espanol/m-e/1880s/origen/el\\_origen\\_de\\_la\\_familia.pdf](https://www.marxists.org/espanol/m-e/1880s/origen/el_origen_de_la_familia.pdf)
- HUGO, V. (1967). Los miserables. Ramón Sopena.
- MARX, C. (1986). El XVIII Brumario de Luis Bonaparte. En Marx y Engels, obras escogidas (Tomo I). Progreso.
- MARX, C. (1997). Manuscritos: economía y filosofía. Altaya.
- MARX, C. (2002). El capital: el proceso de producción del capital (Tomo I, vol. 1, Libro primero). Siglo XXI.
- MARX, C. (2012). Acerca del suicidio: Las Cuarenta.
- MARX, C. (1968). La ideología alemana: Pueblos Unidos.
- MARX, C. y ENGELS, F. (1986). Manifiesto del Partido Comunista. En Marx y Engels, obras escogidas (Tomo I). Progreso.
- ONETTI, J. C. (1995). Bienvenido, Bob. En Cuentos completos. Alfaguara.
- ONETTI, J. C. (2012). El pozo. En Novelas breves. Eterna Cadencia.
- STENDHAL. (1982). Rojo y negro. Hyspamérica.
- STUART MILL, J. (2010). El sometimiento de la mujer. Alianza Editorial.
- VARGAS LLOSA, M. (1963). La ciudad y los perros. Seix Barral.
- VARGAS LLOSA, M. (2016). Pantaleón y las visitadoras. Alfaguara.

**Notas:**

1 “Las formaciones sociales son [...] combinaciones concretas de diferentes modos de producción organizados bajo el predominio de uno de ellos” (Anderson, 1997, p. 14).

**Jose Pablo Bentura**

jose.bentura@cienciassociales.edu.uy

Doctor en Ciencias Sociales (FLACSO – Sede Argentina)

Profesor titular del Departamento de Trabajo Social de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de la República de Uruguay.

**Universidad de la República (UDELAR)**

Departamento de Trabajo Social

Facultad de Ciencias Sociales

Montevideo – Uruguay

CEP: 11200

**Agradecimentos**

Não se aplica.

**Agência financiadora**

Não se aplica.

**Contribuições do autor**

O autor é responsável por todas as etapas da elaboração do manuscrito.

**Aprovação por Comitê de Ética e consentimento para participação**

Não se aplica.

**Consentimento para publicação**

O Autor consente a publicação do presente manuscrito.

**Conflito de interesses**

Não há conflito de interesses.

**Disponibilidade de dados**

Os dados de pesquisa estão disponíveis no corpo do documento.

**Editores Responsáveis**

Mailiz Garibotti Lusa – Editora-chefe

Maria Regina de Ávila Moreira – Comissão Editorial